



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

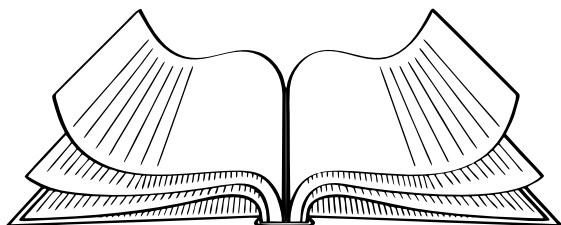
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2020





**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 26

www.porescrito.org

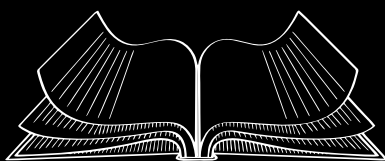




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Gorda Mercedes Janeth Soto	7
Mañana será otro día Mercedes Janeth Soto	8
Noche en un departamento de la Colonia Roma Mateo Mansilla Moya	9
Epitafio en la tumba de Agathos Omar Cruz Zavala	11
Apocalypse Dreams Juan Bárcenas	13

FIRMAS

De lectura Yamil Narchi Sadek	15
Amor desordenado Virginia Meade	17
Subir de nivel María Elena Sarmiento	22
Gel antibacterial Andrea Fischer	25
Cloro Cecilia Durán Mena	27

IMAGINARIO 30

VOCES

El Nahual
Antonio Sardina 34

Frescura
Francisco Duarte Cué 38

I
Mateo Mansilla Moya 40

Toma dos
Fabián Cuéllar 41

Desconfiname
Paola E. Haiat 42

La bestia
Enrique Garza 44

CONVERSACIONES

Entrevista a María Elena Sarmiento
Cecilia Durán Mena 56

Hablando por escrito

De chica, viajé mucho en carretera. A mi padre le gustaba manejar y cualquier pretexto era bueno para tomar el volante e irnos rumbo a la autopista. Los recuerdos de esos años son preciosos y me son preciados. Me gustaba sentarme junto a la ventanilla porque podía ver profundo, lejos, sin los muros de la cotidianidad de la casa, sin las bardas de las calles, sin el impedimento de los edificios que me obligaban a mirar cortito, ver a unos cuantos metros y ya. En cambio, con mi padre al volante, con la emoción de mi madre y mis hermanos, me sentía segura al mirar profundo. Cada que la memoria vuelve a ese punto, se dibuja una sonrisa que me llega de una oreja a la otra y alcanza el espacio en el que se encuentra mi alma.

Me sorprendí mucho cuando mi hermana me contó que a ella le daba miedo cuando salíamos a carretera. Sus recuerdos la llevaban a una ocasión en la que pasamos por las barrancas de San Roberto. Era una noche oscura sin luna, la carretera era muy angosta y muy poco transitada. Ella se acuerda de haber ido apretando los dientes todo el tiempo y sudando frío. Le asustaban las profundidades de esos desfiladeros, de esas tinieblas y le mortificaba que mi padre cabeceara y perdiera el control del auto. Yo tenía hundido ese recuerdo y cuando ella lo reavivó, un escalofrío recorrió el caminito que va desde el sacro hasta el cráneo.

Mirar profundo es como escribir y como leer: tiene sus requerimientos, qué duda cabe. Si pongo la mente en el recuerdo de aquellos campos sembrados de trigo, de las montañas verdes, de las florecitas silvestres y de los animales pastando pacíficamente, es fácil y agradable mirar profundo. Por contraste, si recuerdo las barrancas de la carretera de San Roberto, la cosa cambia. La profundidad toma otro cariz y el ombligo se retrotrae, se pega para atrás.

Estamos viviendo momentos sin precedentes, estábamos acostumbrados a un mundo vertiginoso y globalizado. El mundo se redujo al tamaño de un pañuelo e ir a París, a Hong Kong o a Acapulco era más fácil que nunca en la Historia. Hoy, sacar la punta de la nariz por el quicio de la puerta de nuestra casa resulta más intrépido que darle la vuelta al mundo en ochenta días y más valeroso que hundirnos en un viaje a veinte mil leguas debajo del mar.

Hemos tenido que reinventarnos para continuar en nuestro empeño de seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Seguimos transmitiendo en radio Anáhuac y en Código Libre nuestra emisión radiofónica; tenemos nuestro canal de YouTube y nos gustaría que nos visitaras. Vamos caminando. Escribir y leer se vuelven una actividad interesante: nos ofrecen los lomos de ese Pegaso que nos llevará a otros escenarios y con esa intención presentamos a ustedes el número 26 de Pretextos literarios por escrito.

Gorda

Mercedes Janeth Soto

Mis padres siempre me dijeron
que llorar era signo de debilidad,
así que aprendí a llorar por dentro.
Y el enojo para con otros
lo hice mío,
tan mío,
que lo escondí bajo mi piel.

Y visiblemente,
me volví invisible,

para que nadie,
absolutamente nadie,

me pudiera hacer daño otra vez.



Paúl Núñez

Mañana será otro día

Mercedes Janeth Soto

Te repites con esperanza en la pupila.
Las manecillas del reloj
cortan en tu pecho el sitio exacto
en donde las cosas no suceden.

Suenan los ecos de la prisa
porque ninguna decisión del pasado
respiraba de tus sueños.
ahora los zapatos te quedan anchos.

Un día amanece,
te levantas,
caminas hacia el baño,
te miras en el espejo,
y sabes
que ya estás muerta



Paúl Núñez

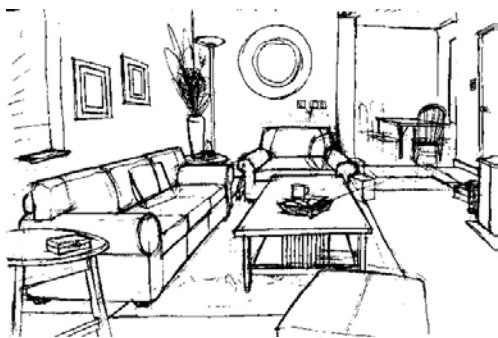
Noche en un departamento de la Colonia Roma

Mateo Mansilla Moya

Para Ale, Mich y Manuel

Pintamos con magia negra
y brujería
un departamento
en la colonia Roma
y actuamos un laberinto
como para poder hallarnos.
La noche naranja
que se alzó con textura
de piedra
no logró colarse
por la ventana
para sentarse a nuestro lado
porque para nosotros no era tarde
era tan solo
la hora en que
nuestros fantasmas,
sin rascar paredes
y sin tirar monedas,
se manifestaban
en la forma del dolor.
Conversamos a través de ellos
y al final los ignoramos
sacándolos del discurso
y de los cuadros
en los que nos enmarcamos.
Tomamos té y comimos pastel
como parte del eterno rito
que implica sentarse en círculo

y conjuramos las palabras
que terminaron por hermetizar
en un mar de oscuridad
nuestra caja de luz
una caja de calcetines dispares
y paisajes de óleo
en los que pensamos lo infinito
porque era ahí
donde lo guardábamos.
Pero una ráfaga
de viento helado
lo quebró
suplicándonos
que volviéramos a la noche
y tornó al departamento
en un recuerdo
deshabitado



Paúl Núñez

Epitafio en la tumba de Agathos

Omar Cruz Zavala

Ahí estaba yo sentado en el umbral de la eternidad
esperando las horas corrosivas
de la amarga y terrorífica desesperación...

Me marchó: dije una vez
y la guadaña resplandeciente del destino surgió
y trazó con paciencia mi camino hacia la amarga destrucción.

Ahí estaba yo de nuevo
desencadenando el terror de todos los corazones
marchitando con absoluta sinceridad
los cauces profundos de la miseria.

Me marchó: dije otra vez
y la muerte colocó en la córnea de mis ojos
el brillo siniestro de su ocaso.

La esperanza es la morada
del oscuro valle de las sombras
me dijo un poeta.

Entonces en el resplandor de mi retina
se evocaron lánguidamente
todos los placeres solemnes y tristes
que el frenesí de los gusanos
había colocado en la última sombra
de mi ya herida esperanza...



Paúl Núñez

Apocalypse Dreams

Juan Bárcenas

*Oh it feels so real in my sleep
Never felt so good, so close I do with you*

*Into the day, the strangest feeling
Do you really live without fear?*

Tame Impala

I

He muerto tantas veces
en los apocalipsis de mis sueños
y aún no me siento más tranquilo para morir.

Fui a Janitzio con mi familia.
Caminábamos juntos mi abuelo, mi hermano y yo.

Yo le tomaba su mano arrugada mientras andábamos, tenía
seis años.

Mis papás iban atrás de nosotros viendo el lago
y viéndonos a nosotros
como si todo lo demás fuera adorno
alrededor de nosotros.

El enorme lago contaba las estrellas
con su mirada de agua.

El sábado tenía ritmos de feria,
azúcar, juguetes, juegos,
de vacaciones para recordar en Navidad.

Las calles eran para consumirse
en las livianas costumbres de la senilidad.

Apenas anochecía.

Un silencio lo petrificó todo.

El color ya no reía ni gritaba,
las miradas naufragaron,
la gente se detuvo:
el cielo amanecía de nuevo.

Una luz se acercaba del horizonte contrario al sol,
un meteorito rampaba colérico
para estrellarse en la inmóvil mirada de Janitzio.

No recordé ningún nombre cuando cayó, no sentí la mano
de mi abuelo
ni la compañía de mi hermano
ni los ojos de mi mamá
viendo mis cabellos rubios por última vez.

Pero sí sentí sus muertes unirse a la mía,
como si fuéramos jacarandas llevadas
por las olas del lago al atardecer.



Paúl Núñez

De lectura

Yamil Narchi Sadek

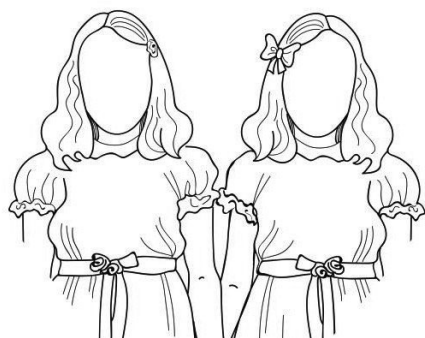
Escribió la primera novela con desidia. Por no pensar, puso a su personaje el nombre de Janet, que era el suyo, pensando que después lo cambiaría, pero ya entrada en el juego, imaginó cómo Janet conocía a otra Janet y juntas, contagiadas por el ánimo de su creadora, escribían una novela explotando la agradable coincidencia de sus nombres. El primer tomo fue un éxito.

También fue ampliamente vendida la obra de las tocayas, como revelaría la segunda parte del libro de Janet. En él, el conflicto se hacía más íntimo, lo cual, supuso la autora, mantendría enganchados a los ya numerosos aficionados. No todo era miel sobre hojuelas en la historia de las amigas. Las similitudes del texto en que trabajaban (un segundo número) con la vida real y los juicios contundentes que escribían una y otra hacia sus homónimos personajes, caldearon los ánimos. Tras varios inevitables malentendidos, el odio entre las tocayas se tornó en pasajes de escabrosa lectura que terminarían saliendo de la ficción en forma de actos violentos y despreciables. Un mal día, cuando los intereses de derechos de autor eran ya suficientes para envenenarlas por completo, Janet sospecha que Janet planea su asesinato y decide adelantársele. La escena es innecesariamente sangrienta. El hecho es reseñado en los periódicos con amarillismo, para deleite de la autora, quien ya no escribía sino para su propio y perverso solaz.

Los lectores no fueron tan generosos. La gente, siempre dada a confusiones, ignorante de las distinciones entre la ficción y la realidad, confundió a Janet con Janet, como pasa con las actrices que representan villanas de

telenovela, y, pareciéndoles imperdonables sus pecados, la lincharon en la plaza pública con insospechada saña. El suceso también apareció con encabezados terribles en casi todos los diarios. Fue un gran día para las ventas.

Así la justicia y el gusto literario de la época.



Paúl Núñez

Amor desordenado

Virginia Meade

Entro a la cocina pisando fuerte para que la sirvienta, una de las tres que siempre hay en la casa, sepa que estoy aquí. Sobre la mesa del antecomedor veo el desayuno servido y el periódico doblado junto a los alimentos. Ella se va. Sabe que detesto verla. Huevos revueltos, frijoles refritos, tres tortillas y café recién hecho. Termino de leer el periódico y bebo los últimos tragos de café frío que quedan en la taza, son como una bofetada en el estómago. Cierro los ojos. Otro día. Voy por otro día. Cuando termino, dejo los platos sucios en la mesa para que la señora de la casa, mi esposa, sepa que estuve aquí.

Casarme fue una convención social que lamento tanto como el dolor de huesos que me provocan los días lluviosos. En los últimos años he pensado mucho en eso. Creo que lo hice por inmadurez; supuse que vivir con otra persona era lo natural, pero ellos no son la familia que quería tener; aquí no me siento tranquilo, no tengo ninguna afinidad con los hijos ni obtengo ninguna ganancia emocional. Fue una mala inversión. Separarme es más costoso. Por fortuna, en mi negocio hago dinero. Es lo que me hace sentido.

En mi tienda de vestidos vendo glamour para las bodas, fantasía para los sueños más alocados que cualquier novia o quinceañera y sus invitadas puedan tener. Tal y como dice la propaganda: Tres pisos de fiesta. En mi establecimiento cualquier presupuesto encuentra cabida para un evento inolvidable, incluso contratar una limusina. Vendo mayoreo y menudeo.

Como muchos otros, inicié en la acera, gritando que en el negocio encontrarían los vestidos más bellos. Las mujeres no podían dejar de sonreírme cuando veían al

muchacho de camisa blanca con las mangas arremangadas que se les ponía enfrente, chuleándolas, prometiéndoles que tenía el vestido perfecto para ellas, ofreciéndoles acompañarlas para que la mejor vendedora las atendiera; si se resistían, les proponía que sus padres vinieran para ver qué lindos vestidos tenía la tienda; les prometía el mejor precio. Estudié por las noches administración de negocios, porque me urgía llegar a ser el dueño del lugar. Lo logré. El patrón quería irse al norte del país donde estaba su familia, así que firmamos un contrato donde me obligaba a pagarle en un plazo de cinco años. Buen negocio.

Salgo de la casa muy temprano para evitar a los vecinos, aquí sólo es el lugar donde duermo y tomo mis alimentos; está ubicada en una buena colonia no donde viven los nuevos ricos. Antes de entregarme las llaves del negocio, el que fuera el dueño me aconsejó: nadie en la tienda debe saber dónde vives, cómprate un auto utilitario. Cásate, te dará estabilidad. Estimado muchacho, no me preguntes con quién, me equivocaría y se encogió de hombros.

Hoy veré a mi hija en la tienda. Se embarazó de un fulano que conoció en una fiesta y con quien se largó apenas fue mayor de edad. Su hijo cumple algo así como tres años. Con curiosidad, veo cómo personas de mi edad están orgullosos de ser abuelos. Sin embargo, cuando examino qué representa para mí ese niño sólo hay un vacío; ni siquiera tengo curiosidad de verlo. Cuando me habló esta mañana dijo que no quiere dinero, sólo cumplir con el trato que hizo con su madre de vernos una vez al mes.

—Si llegaste a ese acuerdo con tu madre, ¿por qué no cumples?

—Porque siempre está insatisfecha de mí. Me dice que la desilusiono.

Si no quiere dinero y su interés es evitar a su madre, pues que venga. Sé que ellas esperan que yo reaccione a sus necesidades emocionales, pero no soy así, el vínculo entre nosotros es inexistente; vivo en una soledad diferente a la de ellas. El hijo mayor se independizó, no tiene interés en trabajar en el negocio. Estoy en paz con eso, respeto que quiera probarse. Mi esposa exigió la responsabilidad de educar a los hijos y administrar la casa. No sé si esté satisfecha, para mí que no ha sido muy exitosa. En cuanto a los empleados, a mis clientes y proveedores, elijo a los mejores; les exijo el máximo rendimiento; si me fallan no tengo ningún problema en deshacerme de ellos. Detestan mi forma de tratarlos —me apodan corazón de metal—. Aguantan porque les pago bien, más que bien y, es lo justo.

Jazmín, me digo a mí misma: deja de temblar. Por supuesto que hoy es uno de los días más importantes de tu vida. Vas a ver a tu padre para decirle adiós para siempre.

Elegí el negocio porque ir al centro de la ciudad siempre me ha gustado, ver los edificios antiguos, éstos que fueron contruidos antes de que mis padres nacieran; las calles llenas de gente caminando, mirando las vidrieras de los almacenes, muchos comiendo mientras platican entre ellos. El bullicio de los vendedores ambulantes. Mis padres no entienden esas emociones. Mi madre se queja de que tiene que soportar el calor o el roce con la gente —cada vez que dice “gente”, arruga la nariz como si recordara el olor y la cercanía con los demás. Mi padre resoplaría y miraría hacia otro lado. Lo de la madre está en presente porque es algo que sucede normalmente. Creo que lo del padre también debería estar en presente: resopla y mira.

Ella critica cada aspecto de mi vida, cuando éramos niños a mi hermano y a mí nos exigía tanto que era imposible satisfacerla, a veces imaginábamos que lo estábamos

logrando, pero ella nos echaba en cara que nos daba todo y nosotros o éramos ingratos o irresponsables. Ella me agrede y asfixia con tanta exigencia. Mi padre siempre termina diciéndome: ¿por qué no cumples lo que prometes? Él es un témpano. Juzga con esa mirada cortante e intimidadora y nos trata como si no existiéramos. Ambos me lastiman, uno con sus palabras y el otro con su desprecio.

Cuando le avisé a mi padre que iría al negocio me preguntó qué necesitaba; ya me lo esperaba, creo que su forma de mantenerme lejos es dándome dinero. Le contesté que no era por eso por lo que iba a verlo sino porque era la visita mensual. Obvio, volvió a preguntar lo mismo.

Desde que conocí a Pepe sentí una conexión. No tenía idea de lo que era estar contenta con alguien, así que no lo pensé cuando me propuso vivir juntos. Luego quedé embarazada. Mi hijo es maravilloso; hasta estoy estudiando otra vez. Sin embargo, no he podido deshacerme de la obligación que tengo metida en la cabeza de cumplirle a mi madre la exigencia de vernos. El sólo pensamiento de que ella tenga miedo de perdernos me da risa.

Ojalá pudiera contarle a mi padre cómo me siento, decirle:

—Mi mamá es mala onda conmigo. Me exigió ver al niño en mi depa, pero, según ella, vivo en un cochinerito porque soy un desastre. ¿Qué hizo el mes pasado? En cuanto salió de la casa, le habló a Pepe a su trabajo, lo invitó a tomar un café y le dijo que yo era una irresponsable. Estoy agotada de intentarlo, no puedo más con ella. En cuanto a ti, ni siquiera te interesa conocerme, saber quién soy. Tu negocio es más importante. ¿De verdad los quiero en mi vida, en la vida de mi niño? Creo que no.

Lo más probable es que él ni siquiera me dejaría terminar la primera oración:

—Tienes razón, papá, necesito dinero.

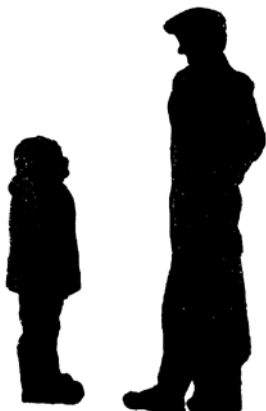
Él me contestó muy satisfecho:

—Lo sabía.

En cuanto bajamos del automóvil, sujeto a mi hijo para que me de fuerza, él parece entender que no estoy contenta; aprieta mi mano y me sonrío confiado. Es todo lo que necesito, esto me da el valor para enfrentarme a mi padre y con claridad decirle que es la última vez que nos vemos. Que haré mi vida lejos de ellos. Los empleados nos saludan. Margarita, la gerente de la tienda se acerca. Con el rabillo del ojo veo que mi padre sale de su oficina. Ella se despide con rapidez.

Mi hijo me suelta la mano y camina hacia él. El niño se detiene frente a su abuelo y le extiende la mano. Mi padre está desconcertado, me doy cuenta de que no sabe qué hacer. Al niño le brillan los ojos cuando dice:

—No tengas miedo. No te voy a hacer nada.



Subir de nivel

María Elena Sarmiento

La belleza del lugar me hizo despertarme al amanecer. Habíamos filmado en Bora Bora y a mí me habían asignado la mejor habitación que hubiera soñado en la vida. En la rueda de prensa que habíamos protagonizado el día anterior, muchos me dijeron que me veía mejor que nunca. Sin duda, era una exageración, pero lo que sí era cierto es que había mejorado cada vez mi forma de actuar. ¿Por qué no se enfocaban en eso? Lo bueno es que no vi a nadie que hiciera comentarios acerca de lo vieja que estaba. Hubo quien dijo que yo era la más bella actriz con la que Clark Boone había trabajado. Lo más increíble es que no repartí tanto dinero como otras veces. Algunas de sus opiniones fueron genuinas.

Eso iba pensando mientras recorría la playa que ofrecía un hermoso paisaje y me invitaba a caminar. En vez de arena, podrían haber sido nubes lo que me sostenía. Justo en el instante de mayor felicidad, cuando el sol prometía llegar pronto con sus primeras luces anaranjadas, me encontré de frente con Clark. Tan asediado que estaba siempre y ahora venía solo a mi encuentro. Seguía vestido igual que en la gala, con un frac diseñado por Morris Clear, especialmente para él.

La revista *Shame and Glory* le había dedicado cuatro páginas a la especulación de cómo sería el traje que el actor más célebre de la última década usaría para la premier privada de su película. Se congratulaban, como siempre, de que los años no parecían afectarle a Clark. Al menos esta vez nadie comentó sobre que a mí sí se me notaban las patas de gallo.

En fin, el artículo decía que Morris Clear era el único diseñador cuyos trajes eran siempre terminados a mano. En la modernidad cibernética en la que vivimos, eso es algo rarísimo y por eso se distingue. Ése era el motivo de que su ropa cayera tan bien. Los botones y los dobladillos, en especial, hacían que sus prendas fueran más finas que ningunas y más caras, añadiría yo.

Clark se acercó a mí caminando descalzo por la playa. Puesto que yo no quiero ponerme los lentes, tuve que esperar un rato a que acertara la distancia para darme cuenta de que en la mano derecha traía sus zapatos *Duke of Classics*, que no usaba calcetines y que en la mano izquierda, sujetaba un cuchillo que iba escurriendo sangre.

Sentí que la vida se me iba en un hilo. De inmediato, me acerqué a ver el dobladillo de la manga de su saco, para cerciorarme. Me tranquilicé al darme cuenta que estaba hecho a máquina. Era la imitación. Le quité el cuchillo y le pregunté:

–¿Lo mataste?

Él me miraba con el rostro inexpresivo.

–Estaba poniéndose de acuerdo con Kally Sayur – empezó a hablar como niño regañado–. Ya sabemos que la prensa opina que ella podría substituirte. Además, me dijiste que me preferías mil veces a mí y que estaba listo para el siguiente nivel. –Me sonrió, con ese rostro de travesura que todos encontrábamos irresistible en la pantalla.

–No querías quedarte encerrado meses hasta que te volviera a necesitar para que actuaras en la siguiente producción.

–No había otra opción para subir de nivel. Es lo bueno de que él se haya encargado de mantenerme tan en secreto.

–Me estoy haciendo vieja –le dije.

—Es momento de que yo también tenga algunas arrugas. Eso es una compostura casera que tú puedes inducirme —me guiñó un ojo.

—Cierto. Tenemos toda la piel que Clark compró para que nadie tuviera que verte si requerías algún arreglo.

—Clark soy yo, querida —exclamó con su mirada para cautivar—. Haremos otro tipo de papeles —añadió, mientras me seguía como un animalito sin casa.

—¿Y qué haces con los zapatos en la mano?

—No quise echarlos a perder, pero me los tenía que poner si me encontraba a cualquiera que no fueras tú.

—Tenemos que enterrar el cuerpo. Esconderlo. No sé cómo.

—Pensé en tirarlo en el cráter del volcán, igual que hicimos en la película.

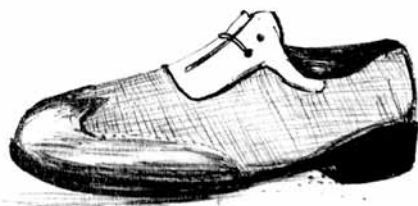
—Eso fue simulación, querido.

—Descubrí un lugar en el que nadie podrá encontrarlo. La verdad, la película me dio buenas ideas. Además, aquí estoy yo. ¿Quién lo va a buscar?

—Ahora tendrás que actuar todo el tiempo. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—¿Podré estar contigo?

Asentí. Era momento de vivir juntos. Con este Clark, claro que sí podría pasar al siguiente nivel.



Paúl Núñez

Gel antibacterial

Andrea Fischer

Me da tristeza verte así. Tan preocupada, tan despeinada, con el sudor recorriéndote la frente mientras lavas los trastes. Así, en chinga: con el chongo deshecho y un cubrebocas que no te tapa los ojos ya nomás por misericordia. Tienes miedo. Ya sé: acabas de perder a tu suegro, tu marido está enfermo y en cama, no duermen juntos porque quién sabe cómo se propaga esta cosa, y te angustia muchísimo esta resequedad en la garganta que no se te quita ni con el antibiótico que te recetaron hace tres días.

Y ándale, a cortar la fruta, a regar las plantas, a pagarle al del agua y a lavar la ropa. Todo tiene que quedar listo antes de que te regreses a tu casa. Si tuviera más estudios, entendería mejor, me dices con los ojos bien abiertos mientras calientas los sartenes. Pero déjame apurarme a terminar esto, que ya va a ser hora de comer. Ya sabemos qué va a pasar: vendrán por ti en carro, porque tu patrón no quiere que uses el transporte público. No vaya a ser que se contagie, m'hija, te dicen. Hay que cuidarnos entre todos, ¿verdad?

La risa nerviosa de ambos marca un límite que ninguno de los dos conoce bien. Y nada más le contestas: sí, Licenciado, está bien. No hace falta que le digas que te asustaste el fin de semana porque te dio *la calentura*, porque *gracias a Dios no fue nada*. De todas formas, insiste en que te tapes las manos con gel antibacterial, que rocíes Lysol por toda la casa varias veces al día y que, cuando trapees, le echas más cloro a la solución para que todo quede bien limpio. No se le vaya a olvidar, m'hija, es bien importante. Sí, Licenciado, está bien.

Pero la molestia en la garganta persiste: te dijeron hace en la clínica del fraccionamiento que era una faringitis común, como una gripa, pero todo lo que ves en las noticias

te tiene mal. Mal porque tus cuñadas se siguen reuniendo — *total, no pasa nada*—; mal porque la enfermedad ya se llevó a quién sabe cuántos en todo el estado; mal porque, la verdad, no has dormido nada pensando en que éste es el único ingreso constante que tienes y que, si el malestar continúa, no te van a dejar venir a trabajar hasta que las cosas se tranquilicen. Mientras tanto, ya terminaste de hacer los cuartos, de barrer los tres pisos y pusiste la ropa al sol para que se seque. La señora de la casa está dando clases en línea, el señor no se puede estar tranquilo en la casa y las hijas se aplastan en la sala intentando no pensar de más.

Ayer te dijeron que las camas del hospital están llenas de infectados. No te acuerdas bien del número, pero sabes que eran muchos. Le escribes a tu hijo pidiéndole que apague el aire acondicionado, porque también por ahí se propaga el virus ése. Te contesta nada más así: sí, mamá, al rato nos vemos. A las tres de la tarde, la mesa ya está puesta y huele a comida. Los señores se sientan y cada quién se sirve lo que quiere. Hablan de cualquier cosa: se quejan de la escuela, les duele la espalda por estar sentados todo el día, se sienten encerrados. En media hora, se hace el silencio otra vez. Ellas se levantan a hacer lo que les toca. El patrón se acerca a la cocina para preguntarte cómo vas. Ya terminé el quehacer, Licenciado. Antes de irse, m'hija, por favor póngase gel antibacterial.



Cloro

Cecilia Durán Mena

Son las seis de la mañana. El despertador no para de sonar y no tengo fuerzas ni para tirarlo contra la pared. Me siento rara, quiero quedarme acostada, sin moverme, enrollada en mí misma, escuchando música, cantando bajito. Si tuviera un perro, lo dejaría subirse a la cama. Si tuviera un gato, me uniría a su ronroneo. Haría de todo, menos salir de las sábanas; todo menos encender mis motores y tener que poner el cerebro a funcionar.

No puedo creer que no podré aprovechar la oportunidad. Justo hoy, cuando Alonso no está en casa y podría estar limpiando todo, me falla el ánimo, la fuerza me abandona. Ayer le tocó hacer guardia. Mi marido salió de casa a hacer el turno que le toca en el pabellón de enfermedades respiratorias. Toda mi intención era afanarme en la desinfección de la casa, para que cuando él regrese, ya no haya ni rastro de *agentes patógenos*, como los llama. Así, no tengo que estar oyéndolo decir que deje de usar cloro, me ahorro las carotas, los ojos en blanco, las explicaciones que da y sólo él entiende.

Envuelvo las rodillas con los brazos y aprieto los ojos. La alarma sigue retumbando. Respiro profundo. Siento una irritación que inicia desde la punta de la nariz y baja por la garganta. Un temblor me recorre la cadena de vértebras que conforman la columna. No quiero ni admitirlo: me arde la garganta, tengo dificultad para respirar. Mejor no pienso en ello. Si lo invoco, lo provoco. Sólo quisiera dejar de sentir este mareo, esta náusea. Sólo quisiera dejar de oír la chicharra del despertador.

Me gustaría recordar quién fue la bruja que me dijo que lo mejor para desinfectar las cosas en la casa era mezclar cloro con vinagre. Me parece que fue en el chat de las mamás de la escuela en donde leí que así obtendríamos mejores resultados

en el aseo y desinfección del hogar. Alonso me vio mezclando los líquidos y empezó con la retahíla de advertencias: deja de hacer eso, es dañino para la salud; el cloro es un elemento muy inestable, puedes causar una explosión; no juegues con esas sustancias que resecan las mucosas y tienen efectos secundarios nocivos para el cuerpo. Ay, los médicos no entienden de nada. Yo lo que quiero es dejar todo libre de gérmenes. Dicen que los virus se pegan en la ropa, en las suelas de los zapatos, en el pelo.

Alonso me dijo que no fuera a combinar el cloro con vinagre, agua oxigenada o alcohol, pero ¿cómo no? Él no sabe nada de quehaceres de la casa. Yo no me meto en las cosas de su consultorio, entonces, que ni se meta en las tareas caseras. Con esa combinación, seguro la desinfección gana potencia. Por algo, uno de los limpiadores más utilizados es el cloro. Estoy segura de que es muy eficiente para desinfectar superficies. Ya lo decía mi abuela, quien algo sabría de cuidar hogares que tuvo tantos hijos. En su casa, todo estaba tan bien. En sus tiempos, ella se pasaba todo el día cuidando la familia, dedicada a las labores domésticas. La recuerdo podando la hierba del jardín, plantando flores, recogiendo legumbres de la huertas, limpiando todo como es debido. Esa vida era un gran curso de artesanos, de medicina alternativa, cocina sana e inmejorables métodos de higiene.

Claro que no le hice caso a Alonso. Los hombres no saben nada de limpieza. Sí, mucho título de médico, mucha especialización en enfermedades respiratorias, pero de las cosas de la casa no tiene idea. No discuto, mejor me callo y aprovecho para esterilizar cuando no está. Mezclé en una cubeta un buen chorro de vinagre y otro de cloro para trapear pisos y tallar las paredes. La casa apestaba muy fuerte. Pero soy valiente y me aguanté. Desde luego, cerré las ventanas para que no entraran los virus que flotan en el ambiente. No me importó que me ardieran los ojos, pero para que Alonso no se enojara por el olor tan fuerte, mezclé cloro con alcohol, lo metí en un atomizador y lo esparcí por todos los cuartos. Ayer, me la pasé fregando pisos,

paredes y muebles. Parecía que les quería sacar sangre. Acabé agotada, pero feliz por la misión cumplida. Creo que cuando terminé de pasar el trapo por la casa fue cuando me empezó a doler la cabeza, sentí mareos y náusea.

Sigue oliendo a cloro. Alonso se va a enojar. Ayer intenté hacer de todo para que se fuera el olor. Se me ocurrió que, para arreglarlo, le podía echar un poco de agua oxigenada al cloro, pero cuando vi que se empezaron a hacer burbujitas, mejor lo eche al drenaje del fregadero. Se me ocurrió abrir las ventanas, pero ¿y si se mete el virus que anda flotando en el aire? Mejor me aguanto, pensé. Y como ya me empezaba a marear, me puse el camisón y me metí a la cama a dormir. Mi esperanza era que, al despertar, me sintiera bien.

Creo que la cama se mueve, da vueltas, se tambalea. Miro la pantalla del despertador. Ay, Dios mío, son las 6:30 am y tengo que levantarme. Necesito apurarme para terminar todos los procesos, antes de que regrese Alonso. Me pican las manos, tengo manchas rojas. Me parece que cuando se agujeraron los guantes de plástico, debí haber parado. Me arden los ojos. Tengo que arrancar, tengo que iniciar el día. Tengo que desinfectar. No tengo ímpetu para quitarme las cobijas de encima. No tengo fuerzas para jalar aire. Siento que el corazón late entre mis oídos. Tengo sueño, mucho sueño. La alarma sigue sonando, no la puedo apagar. Todo gira, el sonido se diluye, todo se oscurece, los párpados se vuelven pesados y ya no siento el cuerpo.



Paúl Núñez



Del viento y las ventanas, I
Isabela Ripoll



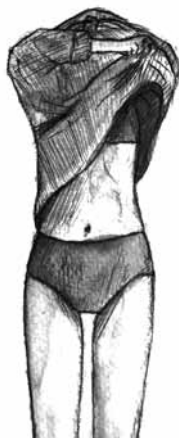
Del viento y las ventanas, II
Isabela Ripoll



Ojo
Andrea Fischer



Mujer en Venecia
Andrea Fischer



Escondiéndome de mi reflejo
Azyhadeé Terán



Sin título, Santiago LP



Sin título, Santiago LP



Sin título
Alejandro Guarín



Sin título
Alejandro Guarín

El Nahual

Antonio Sardina

Terminó de limpiar los cuartos en el hotel Punta Placer donde trabajaba, guardó los cubos y trapeadores en el cuarto de aseo y pasó a cobrar con la señora Claire —la dueña. Como siempre, se quedó un momento platicando con ella en la pequeña cafetería donde se servían los desayunos y los huéspedes pasaban el rato cuando se hartaban del sol.

Ramón había llegado a San Agustín después de realizar el «robo del museo» en la ciudad de México. Así se conocía en el país a la tragedia que sufrió el museo de antropología, un escándalo mundial y una vergüenza para la nación. Al conocerse el despojo, las autoridades pensaron que lo había realizado una banda internacional y se reportó de inmediato a la interpol.

Después de una búsqueda incansable por todos los países, el misterio se había resuelto por casualidad, cuando el socio de Ramón, inmerso en las drogas, quiso cambiar algunas piezas por mercancía, fue cuando las autoridades se dieron cuenta de que el terrible robo no lo habían realizado ladrones internacionales expertos, sino que habían sido un par de estudiantes aficionados a la arqueología que habían entrado al museo por los ductos de ventilación el día de Navidad, encontrando a todos los guardias borrachos y dormidos, lo que aprovecharon para llevarse las principales piezas, invaluable, del acervo nacional.

Sólo metieron a la cárcel a su socio Parches, ya que Ramón, que conocía a la hija del presidente de la república, hizo un trato y devolvió todo lo que se había llevado. Lo dejaron marchar con la condición de desaparecer del país, dando la noticia en los periódicos de que lo habían matado en una balacera al capturarlo.

Decidió no salir del país y esconderse en la sierra de Oaxaca, aprovechando ese tiempo para aprender con los chamanes de la región, las distintas formas de utilizar las pocas piezas que había

conservado, como la máscara de jade y el cuchillo de oxidiana, de los cuales no pudo desprenderse por una necesidad que no sabía de dónde venía, pero la sentía en la sangre. Después de un tiempo en la selva, decidió ir a la playa. Así había llegado a Punta Placer.

El hotel estaba en el pueblo de San Agustín, en la Riviera de Huatulco, muy cerca de las otras ocho bahías que la conformaban, entre ellas Mazunte y Zipolite, las más conocidas.

Era un lugar paradisiaco y muy buscado sobre todo por turistas europeos, que preferían hospedarse en pequeños hoteles *boutique*, directamente en la playa.

Claire y su esposo David habían llegado de Francia recién casados en calidad de turistas, de esto hacía ya diez años y se hospedaron en Punta Placer, en ese tiempo conocieron al dueño del hotel, un rico comerciante de Pochutla que les ofreció encargarse del lugar. Lo hicieron tan bien que en un año lo habían podido comprar y se quedaron a vivir en San Agustín.

Claire lo administraba, mientras David daba clases de surf, además de en ocasiones realizar remodelaciones en casas de extranjeros que decidían tener una casa alternativa en ese mágico lugar. A estos viajeros les convenía contar con su experiencia, ya que se había convertido en un experto en aprovechar las corrientes de aire y orientar las habitaciones al mejor punto, para disfrutar de amaneceres y puestas de sol.

Habían tenido dos hijos, Paula, una niña preciosa que tenía ocho años y David de cinco, a quien todos conocían como Viernes, apodo que le habían puesto los lancheros, por su parecido con el niño de la película de Robinson Crusoe que alguna vez exhibieron en el pueblo, David era un niño con una pinta salvaje y facha de náufrago, con esa melena rubia que le llegaba hasta los hombros y que cuando no estaba en traje de baño, era porque estaba desnudo; a su edad sólo hablaba a base de rugidos y exclamaciones, tal vez porque vivía confundido entre el español de los lugareños y el francés que hablaban en su casa.

Claire había fundado junto con otros extranjeros avecindados en el pueblo, una escuela con educación Montessori, donde se impartían clases en inglés, español y francés y asistían, además de sus hijos, también algunos niños del pueblo cuyos padres se animaban a mandarlos, pese a que esa educación no era compatible con las otras escuelas del pueblo ni con sus costumbres.

Esa mañana Claire le contaba a Ramón que estaba muy preocupada, porque su hijo David (Viernes) era el niño más travieso de la escuela, no solamente se negaba a hablar en cualquiera de los tres idiomas, sino que además, por su carácter salvaje e incontrolable, no podía estar sentado y molestaba todo el tiempo a los otros niños; sus únicos amigos eran los lancheros, que lo llevaban a sus expediciones de pesca desde las seis de la mañana, y según le comentaban, era el niño más feliz ayudándolos con sus redes y bártulos, viendo a las ballenas que llenaban esa bahía gran parte del año y nadando con los delfines que las acompañaban.

Se quejaba de que su padre era el primer promotor de ese comportamiento, ya que desde que nació quiso que fuera un niño apegado a la naturaleza, eso no pasó con Paula, ya que Claire se hizo cargo de su educación, pero a cambio dejó que David disfrutara a su hijo como quisiera.

Esa libertad sin límites había causado un comportamiento preocupante en el niño, que se iba haciendo más salvaje al pasar el tiempo, y aunque ella estaba segura de que en algún momento iba a adoptar las costumbres normales de los otros niños, eso no había sucedido; es más, se había agravado de tal forma, que el día anterior mordió a una compañera de la escuela arrancándole un pedazo de oreja y para escándalo de todos los presentes, se lo tragó sin ningún miramiento ni asco.

Ramón le dijo a Claire el remedio que usaba la gente del pueblo para que los niños tuvieran un buen comportamiento:

—Aquí en San Agustín, los papás les dicen a sus hijos que deben portarse bien, pues a los niños que se portan mal se los lleva el nahual, un brujo con poderes sobrehumanos que se convierte en animal en las noches de luna. Esa leyenda se cuenta desde antes de que los españoles llegaran, vaya, desde siempre.

—Gracias, Ramón —le dijo Claire con una sonrisa, pensando que nunca le diría eso a su hijo, no era su filosofía de educación.

Ramón se fue a su casa en la montaña muy dentro de la selva, un jacal de buen tamaño donde vivía solo y tenía todo lo necesario; la casa estaba llena de figuras de barro, madera y piedra que se veían muy viejas. Representaban figuras prehispánicas.

Llegando a casa comió e hizo las labores pendientes, en la noche prendió una fogata en la puerta del jacal, sacó la máscara de jade de un baúl que guardaba bajo la cama y se sentó junto al fuego. Cuando la luna llena estuvo justo sobre él se la puso, percibió el olor a moho potente y ancestral y cantó con una voz profunda en un lenguaje fonético, primigenio.

Empezó a llenarse de pelo, sus piernas mutaban en patas y las manos en garras. Al final, empujó la máscara y descubrió la cara de jaguar mezclado con lobo —la cara de Nahual—, y se dispuso a realizar su tarea aunque no le gustara: tendría que ir por Viernes.



Paúl Núñez

Frescura

Francisco Duarte Cué

Me citó a desayunar en un restaurante nuevo y cercano a su casa. Lugar muy moderno con pocas mesas, una barra con diversas cafeteras y charolas con panes, cocina abierta y atendida por una pareja dotada de gran habilidad para descascarar huevos y combinarlos con cuanta hierba aparece en el Larousse ilustrado. Tanta belleza culinaria se vio reflejada en la cuenta que con todo gusto cubrí antes de empezar a despedirnos en la puerta del local.

Le pregunté por su coche y me dijo que había tomado un taxi, por lo cual me ofrecí a llevarla y aceptó. Fue en el segundo tercio del recorrido, curiosamente entre los únicos dos semáforos del trayecto, que me comentó con la emoción propia de un viejo telegrama amarillo, que su marido había optado por encontrar la juventud que se le estaba esfumando en la compañía de una persona más joven que ella, que se había ido de un día para otro y que no tenía camino ni traza de regreso. De frialdad tal el relato, le trabó la garganta y no pudo, ni quiso, continuar; ya le había comentado a su viejo amigo y no esperaba respuesta, un par de ojos vidriosos me vieron mientras me decía “mil gracias, ya llegamos... ¿pasas un rato?”

Agradecí su gesto rogándole un vaso de agua para tomar la medicina de las 11 que se me estaba olvidando, en especial porque ni me acuerdo para qué la consumo. Con el vaso en mano, me mostró su casa que, casi de todo, tenía dos: dos garajes, dos zonas de estar, dos áreas para comer, dos recámaras aunque, curiosamente, solo un baño, muy amplio, que insistió en mostrarme. Insistencia justificada pues es un portento hidráulico.

Válvulas rociadoras insertadas en techo y paredes,

inundan a medio trayecto un sardinel en el que flota una rejilla de maderas tropicales mientras unos difusores perfuman con fragancias cítricas la amplia cabina dúplex. Me explica que la sensación de frescura que le da su regadera es lo que le permite arrancar su día a día y, de súbito, me dice que si ya compartimos la crema del café matutino, ahora debiéramos hacerlo con la crema del limpiador corporal que sale del surtidor colocado en una de las esquinas de su acuático juguete. No pude negarme, como tampoco pude evitar el sentir demasiado breve la duración de tan acercante momento.

Al oírle un “muchas gracias por el desayuno”, no tuve de otra más que decirle: “gracias a ti por refrescarme el día”, mientras nos abrazamos con fuerza y con muy pocas ganas de despedirnos.



Paúl Núñez

I

Mateo Mansilla Moya

I.

Llegaste la primera noche del verano: vestida con invisibles lacios y protegida por los rayos de luna, te deslizaste entre robles, senderos y grietas. Fuiste el aire húmedo del este: los espejos te reflejaron como vaho, los vidrios se empañaron, las hojas de mis libros se doblaron ante ti, la tinta de mis libretas se corrió y dejaste tu firma como rocío en los narcisos de mi jardín. Pero nadie te vio.

II.

Desperté la mañana de tu partida. En un puesto de periódicos me lo anunció un peculiar titular: la temporada de ballet clásico ha terminado. Tomé café solo en una mesa para dos. Asistí a la primera función romántica que encontré en el cine local. Caminé por el parque del lago en el que solías remar. Renté un par de películas que no vi. Y te extrañé.



Paúl Núñez

Toma dos

Fabián Cuéllar

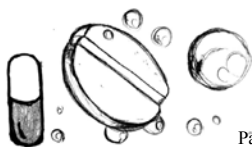
Toma dos, es todo lo que dice la nota. Las pastillas están en la palma de su mano. Tiembla, aunque eso ya no es sorpresa. Un vaso de agua espera sobre el buró. Pone una pastilla sobre su lengua. Siente -eso cree- cómo se va disolviendo de forma muy lenta, mientras ella intenta dar un paso, dos, hacia el buró. Con la mano libre toma el vaso, su interior lleno de olas. Lo acerca a sus labios y los temblores en la piel se multiplican. Bebe, eso intenta. El pecho se le dibuja con hilos de agua. Falta una.

Si la vista no se le nublara, podría verse en el espejo, disfrutar como antes su desnudez proyectada; jugar a la mímica con la del otro lado; repetir la escena lésbica que nadie tenía permiso de ver.

No recuerda cuándo comenzó todo ese ruido. El corazón que empuja, los dientes que se hacen polvo, las uñas que lastiman la pared. Si percibe algo es cómo el mundo colapsa desde sus pupilas, como un video que se queda atascado y emite, desde la pantalla, imágenes cada vez menos legibles. Al final, sólo así puede leerse la realidad.

Alguien toca la puerta. Quisiera voltear asustada por los golpes en la madera. No lo logra. Si alguien pudiera derretirse de la nada, sentiría lo mismo que ella, el cuerpo antes erguido e incólume ahora sin rigidez; los movimientos que creía suyos, sólo nostalgia de la autonomía.

Los temblores, el ruido, todo, lentamente, se va apagando. La última pastilla ya llegó a su lengua. Es más amarga que la anterior. Hace muecas que el rostro ya no siente. La del espejo si las ve, pero finge que no pasa nada.



Paúl Núñez

Desconfíname

Paola E. Haiat

Creo que una de mis fantasías es que alguien me desvista lentamente el cubrebocas. Tengo tantas ganas acumuladas que incluso he romantizado esta mierda de estar encerrada. No sabes cuántas veces pensé que terminaría por tirarme a algún vecino; incluso en el supermercado de pronto cualquier hombre me parecía atractivo. No podía salir a la calle sin haberme maquillado los ojos: los consideraba un arma, la única pista para decirle a un desconocido: “hola, estoy disponible, ¿y tú?”. La locura no era que lo hiciera, sino que sorprendí a un par de hombres mirándome con la misma interrogante tatuada en su forma de darme un vistazo. Pero ¿hasta dónde está una segura de estar interpretándolo todo de la forma correcta? ¿Cómo saber si la intuición lo es o es tan solo una sombra del caliente inconsciente? ¿Cómo inicia una plática casual en el supermercado que termina en una cama? Y, principalmente: ¿cómo practica el sexo en tiempos de una pandemia mundial?

Pensé en un par de posiciones que pudieran ponerme en el menor riesgo. La cuestión ya no sería si conservar los calcetines: esos fétiches han quedado atrás. Debía estar segura de conservar el cubrebocas. Cubrebocas y condón. No abrazos, porque tal vez el sudor pudiera terminar por impregnarme. Terminé por concluir que tal vez la mejor posición sería el misionero casual, mucho mejor que estar en cuatro, sin duda.

Otras cuestiones llegaron a mi mente: ¿debería agregar sombras a mi rímel y delineador para intensificar la mirada? ¿Qué tan sonoro puede ser un gemido con un cubrebocas puesto? ¿Puede uno ser casi anónimo si no se lo quita? Dios, esas fantasías me tenían altamente emocionada.

Con todo y la planificación detallada, el par de miradas, el roce de guantes en el supermercado una vez, la ocasión en

que vi a un desconocido tomar con amor una bolsa de café de la misma marca que consumo, del extraño hombre del perro pastor alemán que se paseaba con tanto orgullo e incluso de la inesperada charla coqueta con el chico de la frutería, me mantuve en especial virginidad durante mi cuarentena. Excepcional para una chica de veintisiete años que vive de las letras y el alcohol.

Hay que decirlo, ni yo lo esperaba de la mesera de bar que se ha acostado con un par de clientes, dos o tres cantantes ocasionales y con el barista: no el chaparrito, el alto, el güero de ojos casi aceituna, sabrás a cuál me refiero en el minuto en el que entres.

No digo esto para que estés celoso, sino para darte una introducción a lo que nos espera, para ponerte en situación de todo lo que he atravesado estos días, para que entiendas por qué entraré al bar capaz de jurarte amor eterno junto a tres mil planes que probablemente no se concretarán y, honestamente, para pedirte que no me jures amor eterno ni tres mil planes que probablemente no se concretarán porque no estás frente a una chica que cree que las conexiones se ganan a través de una noche de sexo: el sexo fue, ha sido y será una conexión de dos cuerpos. No excluyo, sin embargo, que podamos caernos bien, empatizar, que con el tiempo el sexo post-covid, post-cuarentena, post-el-apocalipsis-de-mi-vida, se convierta en algo más.

Así que, querido extraño, nos vemos este domingo a las ocho en el bar. Seré la chica del cubrebocas de tela naranja, en la mesa dos, a un metro y medio de distancia exacto de los de la mesa uno.

Hasta entonces, que sepas que estoy lista para que me desconfinés toda.



Paúl Núñez

La bestia

Enrique Garza

Jonás había buscado el amor a través de todos los medios imaginables: citas a ciegas organizadas por bienintencionados amigos, páginas de internet, anuncios en periódicos y los partidazos que le presentaban familiares angustiados por una soltería que, según ellos, apestaba a vas-a-morir-solo-como-un-perro. Métodos cuyo común denominador fue el fracaso más estrepitoso, encuentros fútiles y anécdotas tragicómicas intrascendentes. Algunas chicas eran conversadoras soporíferas, otras no tenían nada en común con él; hubo gordas, flacas, materialistas, mal vestidas, peor pintadas, dentaduras amarillentas y, aunque Jonás no era ningún *Adonis*, su balance entre virtudes y defectos era deseable incluso para las féminas más exigentes, aunque después ya no supiera cómo quitárselas de encima. Al mundo le hablaba de las bondades del celibato mientras en su fuero interno deseaba una compañera para compartir los días, las noches, subir al arca y salvarse del diluvio.

Marina había terminado una relación tóxica con un novio abusivo. Su vida emocional había sido un desfile interminable de galanes detestables, mentirosos patológicos y demás especímenes de la fauna perjudicial. Estaba harta del amor. Había sido menospreciada. Noches de llanto coronaban sus días, suspiraba al recordar momentos amargos, pesimismo y desencanto constituían una pesada cortina sobre la promesa de una dicha duradera. No se dejaba caer. Secaba lágrimas con determinación. Agua y jabón arrastraban la tristeza por el desagüe. Una capa de maquillaje fresco entrañaba una nueva careta junto con un protagonista ensayado hasta el cansancio: reina del rodeo, amazona inquebrantable, devoradora de corazones. Al llegar su cumpleaños siempre pedía lo mismo

al soplar las velitas del pastel: un hombre cabal con quien envejecer, contar con él en la buenas y en las peores, alguien a quien untarle mentol en la espalda cuando estuviere enfermo, y que la siguiera encontrando atractiva al despertar a pesar del aliento fétido y las ojeras de desahuciado.

Cuando Jonás conoció a Marina no podía creer en su buena suerte. Era un hombre afortunado. Sucedió durante la presentación de un libro. El autor era un amigo mutuo, quizá no tan cercano; los dos lo apoyaban en aras de las letras y del compromiso ineludible que la amistad impone. Jonás pensó que Marina era una muchacha de carácter fuerte, apasionado, con grandes ojos oceánicos y sonrisa capaz de instigar una conflagración. Cuerpo de diosa griega, manos cuidadas, perfume de violetas y elegancia casi aristocrática que le daba un aire a princesa de revista del corazón. Él estaba formado detrás de ella en la cola de los autógrafos, no podía dejar de mirarla y olisquear furtivamente el aroma de su champú. Marina volteó, miró con detenimiento a Jonás por el rabillo del ojo. No era guapo. Sin embargo le pareció que aquel muchacho de rizos alborotados, bien vestido y un tanto desgarbado tenía algo de atractivo. Ella dejó caer su ejemplar en aparente descuido, él se agachó a rescatar el escurridizo producto editorial, cuyas esquinas dobladas resultado del desgaste eran evidentes. Al incorporarse a devolver el objeto caído, las miradas de ambos jóvenes se cruzaron y el flechazo fue instantáneo.

—Hola, ¿veo que ya leíste el libro? —atinó a decir Jonás.

—Qué va, este ejemplar es de mi hermana... la verdad es que llevo unas quince páginas —se ruborizó Marina.

—Yo no lo he leído, te soy sincero.

—¿Te confieso algo? —los ojos de Marina se clavaron en los de su interlocutor— está bien malo... no me está gustando nada.

—¡Qué bueno que me dices! —suspiró Jonás aliviado—
lo empecé anoche y de plano lo dejé.

Sonrieron ante la recién descubierta complicidad.

—El narrador en segunda persona... —pronunciaron al
unísono.

—¿Qué ibas a decir? —soltó Jonás.

—Nada... sólo que el narrador en segunda persona no
funciona y la trama es muy predecible.

—Yo iba a decir lo mismo.

Se rieron juntos, comentaron lo poco que habían leído,
quedaron de tomar café después del evento. Al salir de la
librería, ya entrada la noche, se instaló una lluviecita pertinaz
que fue arceciando con visos de tormenta. Bajo un paraguas,
abrazados, corrieron a buscar refugio a un portal. Luces de
farolas iluminaban la calle húmeda, en los charcos brillaban
las estrellas, y aquel escenario de cuadro impresionista
fue testigo de su primer beso. El tiempo se detuvo por un
instante, astros y planetas se alinearon, el universo contuvo
la respiración y en lo alto del cielo una sonrisa, beneplácito
cósmico, esbozada por la luna de octubre.

Fueron tiempos perfectos. Disfrutaban de actividades
placenteras. Los fines de semana salían de la ciudad, al
bosque de árboles centenarios, y se instalaban en un claro en
que imperaba el silencio. Esa paz era interrumpida por el leve
rumor de riachuelo, brisa y dulce canción de pajaritos. Se
leían poemas en voz alta el uno al otro; ella se recostaba en su
regazo, él sellaba sus párpados con un suave roce de labios.
Ambos temían que se tratara de un sueño del que ninguno de
los dos quería despertar. Se adivinaban el pensamiento.

Cuando pensaban en finales amargos se estremecían,
se tomaban de la mano y con los dedos entrelazados, nudillos
blancos, juraban que la peor de las pesadillas quedaría
desterrada con sólo desearlo.

Pasaron seis meses de mágico idilio entre los enamorados. Una tarde, mientras ella dormía a la sombra de un manzano, Jonás se levantó sin perturbar el descanso de Marina y, tras formar un ramito de flores silvestres, se dispuso a velarle la siesta. “Es tan bonita y tan perfecta”, pensó, “soy tan feliz... le propondré matrimonio antes de Navidad”. Se sentó sobre la hierba, recargó la espalda contra un tronco, releyó un pasaje de una novela que estaban leyendo juntos. Cabeceó. Hizo un esfuerzo por mantenerse despierto mas el calor y la pesadez ganaron la batalla. Poco a poco se fue quedando dormido. Perdió la noción del tiempo, quizá fue un par de horas, probablemente unos pocos minutos. Entre pestañas alcanzó a ver una silueta negra cerniéndose sobre Marina. Paralizado como estaba, contempló la escena. Era una especie de gato musculoso con grandes alas de murciélago, ojos carmesí, aliento hediondo y respiración cavernosa; pesadilla encarnada en criatura siniestra devora hombres. De un salto agarró del cuello a la bestia. Rodaron de un lado a otro en violenta amalgama. Jonás estaba en trance, era un asunto de supervivencia, estaba dispuesto a sacrificarse por su amada. Forcejearon durante una eternidad. Jonás logró dominar al tenebroso felino, tomó una roca y la azotó varias veces contra la cabeza del enemigo. La sangre brotó salpicándole la ropa, la cara, los brazos. Siguió golpeando el cuerpo exangüe del contrincante.

—¡Déjalo ya! —gritó Marina.

Jonás despertó. Un cervatillo yacía ensangrentado frente a él. Marina rompió a llorar, se acuclilló frente al animalito, sostuvo su testa sobre las piernas, palpó aquel cuerpo en busca de un latido. Estaba vivo, herido de muerte. Sintió la sangre tibia en las manos, se cubrió la cara, manchas pintaron su rostro como el de un piel roja. Abrazó contra su pecho al cuadrúpedo moribundo; este exhaló su último

aliento, estiró las patas, sus ojos se apagaron. Marina miró su reflejo en las pupilas exánimes del inocente fallecido, supo que algo se había roto para siempre y nada volvería a ser igual.

–Amor, déjame explicarte –balbució Jonás–. Era un monstruo.

–Tú eres el monstruo –replicó Marina con desdén –mataste a un animal.

–Te iba a atacar.

–¿Sabes qué?...no puedo seguir con alguien capaz de matar.

Marina se levantó y se alejó a través de los árboles que un día cobijaron su amor. Estaba fuera de sí. Jonás no podía concebir lo que pasó. Corrió tras ella y la tomó del brazo.

–Suéltame –dijo Marina al tiempo que se sacudió a Jonás como si una alimaña se le hubiere prendido a la piel –me asustas.

–Espera... no te vayas.

Jonás se arrodilló suplicante, Marina caminó en energética retirada. “¿Qué fue eso?”, pensó, “¿cómo pude matar a un venado?”. Horror, desasosiego y culpa tocaron su conciencia, entonces sintió asco de sí mismo. En los bosques suceden cosas inexplicables, volteó alrededor buscando una respuesta, no la encontró. Oscureció. Desesperado buscó un indicio que lo tranquilizara bajo las últimas luces del día más amargo de su existencia. Anocheció. No hubo luna. Su santuario, escenario del romance soñado, adquirió la negrura abisal de profundidades inhóspitas. Le costaría mucho trabajo encontrarle sentido a la vida tras ese fenómeno que se lo había arrebatado con violencia inesperada. “¿Aluciné?, ¿mis sentidos me jugaron una broma pesada?”, pensó con la tenacidad propia de los que no tienen nada que perder, “maté

a un ser indefenso”. Repasó mil veces su actuar hasta hacerse daño. Cayó noche cerrada en ese paraje cuando un aullido en la distancia cortó su hebra de pensamiento. Se levantó, emprendió el regreso con los hombros encorvados por la tristeza, a su paso dejó huella de pies arrastrados, lágrimas recorrieron sus facciones y en su corazón se aposentó la certeza de morirás-sólo-como-un-perro.

A la mañana siguiente, tras una noche insomne, Jonás marcó el número de Marina. Llamadas rechazadas, mensajes que no serían escuchados. Trozos de conversación que de llegar a su interlocutor golpearían con un muro infranqueable y es que ella era muy dura en sus rupturas sentimentales. Cartas sin abrir regresaron a manos de Jonás, arreglos florales en bolsas negras de plástico junto con todos los regalos que un día le hizo, las fotografías cortadas con tijera. Al buscarla a la salida del trabajo sus compañeras lo evitaban, la negaban, sólo una se apiadó de él y dijo: “Ya no la busques... no quiere saber nada de ti”. Había llegado el momento de darse por vencido, asumir su dolor, seguir adelante, mas una chispita aun fulguraba en su interior que, como una luciérnaga rehusándose a morir, se aferraba a una esperanza punzante y vana. Pasaron unos meses desde el incidente. Jonás fue superando la ruptura, aunque no del todo, pues en el fondo de sí mantenía un cajón lleno de sentimientos inalterados. Al principio todas las cosas y lugares le recordaban a ella, muchas veces llegó a emocionarse cuando le pareció reconocer a su ex novia en alguna mujer de complexión similar. Dicen que el tiempo lo cura todo y en su incesante fluir Jonás pensaba menos en ella y eso supuso una bendición.

Marina empezó a superarlo. Estuvo muy triste una temporada, no podía borrar de su memoria la imagen del cervatillo muerto, Jonás salpicado de sangre y la violencia con que había aniquilado al indefenso. Sin piedad. Ella no

iba a ser misericordiosa. A veces lo recordaba; se reprochaba a sí misma el hacerlo como si se tratase de un acto contrario a sus principios, pero la verdad es que lo invocaba más de lo que ella hubiese querido. A veces sonreía y cuando se acordaba de lo sucedido su rostro enrojecía con furia visceral, su cuerpo arrebatado por temblores incontrolables seguidos de explosiones de moco y llanto. Cada vez menos frecuente, eso sí. Todos estaban tan preocupados por ella que comenzó a ir a terapia, terminó cajas de clínex, superó algunos miedos, pero en el fondo de su ser subsistía una semillita relegada al subconsciente en la que el recuerdo de Jonás podría germinar bajo determinadas circunstancias.

Un día la casualidad hizo de las suyas, cruzó dos caminos aparentemente separados, Jonás y Marina se encontraron de modo tal que ninguno de los dos pudo eludir el acercamiento. Así suelen ser este tipo de cosas. Se toparon en un pasillo del supermercado, sus manos se rozaron al alcanzar la misma bolsa de gomitas. Fue un roce suave, sutil, electrizante. Se miraron con sorpresa con destellos de ternura, estaban nerviosos el uno frente a la otra, no supieron qué decirse, pero les dio gusto, se extrañaban y siendo adultos eran de la idea de no utilizar máscaras. Identificaban sus sentimientos y no temían expresarlos. Cuando se odia, se odia y se demuestra, lo mismo pasaba en lo referente al amor; siempre hay cabida para los te-extraño, me-haces-falta y qué-te-parece-si-nos-vemos-en-la-noche.

—Hola, Jonás—dijo Marina a pesar de que su primer impulso fue salir corriendo.

—Hola —repuso un Jonás muy nervioso— ¿cómo estás?

—Bien, cuánto tiempo sin verte.

—Seis meses, veinticuatro días y unas cuantas horas.

—Una eternidad —soltó una Marina ya en pleno control de sus emociones.

–¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

–Hoy no puedo, pero ¿qué tal mañana?

–Cuando quieras.

–Mañana a las siete y media... en el sushi junto a la librería, ¿va? –Marina se ruborizó.

–¿Cuál librería?

–La librería donde nos conocimos.

–Ya sé cuál –asintió Jonás. –Hasta entonces.

Se despidieron con un fugaz abrazo, estómagos revueltos, latidos en las sienas. Al llegar a sus coches cerraron los ojos por un instante, respiraron profundo, necesitaban calmarse y es que fueron muchas emociones para un solo día. Vivirían la víspera con la promesa de que lo mejor estaba por venir, fantaseando y soñando despiertos.

Dicen que la expectativa y los rituales previos a una cita romántica suelen ser un aperitivo delicioso. Algunas veces superan el momento de la verdad. Esa noche ni Jonás ni Marina descansaron. Dieron vueltas en la cama, miraron el techo, pensaron en las implicaciones del reencuentro. “Voy a recuperar su amor”, juró él. “¿Qué tal que le doy otra oportunidad a Jonás?”, masticó ella, “está delgado pero sigue estando muy guapo”. Para cuando lograron conciliar el sueño los rayos solares se filtraban a través de las persianas.

Se levantaron cansados, nerviosos, con los cuerpos invadidos por el frío que acompaña al desvelado. Ausentes en espíritu en sus respectivas ocupaciones se les llamó la atención por mostrarse ensimismados, torpes, incluso negligentes. Pensaban en la cena, en qué se pondrían, en mirarse a los ojos, en si no sería una mala idea entrevistarse tras un periodo tan sufrido rebotante de sinsabores y miseria.

Fueron horas lentas, lentísimas, ambos miraban el reloj, tamborileaban con los dedos y suplicaban a los dioses el final de la jornada laboral. Llegó el momento de salir.

Al llegar a sus casas se metieron a bañar, se acicalaron con esmero. Jonás se rasuró, se hizo una cortadita en el mentón, limpió la herida, se puso loción. Se peinó con cuidado. Eligió unos pantalones de mezclilla nuevecitos y la camisa a rayas que Marina le regaló en su cumpleaños. Marina tomó un baño de burbujas, velas aromáticas, copa de vino blanco. Se depiló las piernas por si las dudas, una nunca sabe; se miró frente al espejo, admiró su perfil. Afortunadamente había acudido con el colorista la semana anterior y no necesitaba un retoque.

Estaba muy guapa, sonrió a su imagen, guiñó un ojo.

El vestido escogido reposaba sobre la cama: seda, diseño de flores, discreto; al lado de la cómoda descansaban unas botas a media pantorrilla, piel suave, tacón bajo, la combinación resultó perfecta. Se maquilló despacio, no quería exagerar ni tampoco mancharse la ropa, terracota, colores acorde al tono de su tez y apropiados para su edad. Un peinado alto con tirabuzones sueltos le confirió un aire de princesa de cuento de hadas, estaba lista, vestida para matar, preparada para enfrentarse con el dragón. Eran siete quince, no quiso llegar tarde, tomó el metrobús, no le importó que estuviera atestado pues sólo eran dos estaciones. Llegó siete veintinueve a media cuadra del restaurante. Corrió hasta la entrada, por el ventanal que daba a la calle vio sentado a Jonás en una mesa para dos al fondo del lugar, reconoció la camisa, se regocijó al pensar que ella aún era importante para él.

—Hola, Jonás —saludó Marina. —¡Qué bonita camisa!

—Hola, Marina —respondió al levantarse Jonás — qué guapa.

—Gracias.

Al principio estuvieron nerviosos, pero a medida que la velada avanzó, recordaron lo bueno de su relación, se rieron de bromas privadas, él estuvo muy ocurrente y ella

rio sus puntadas. No hubo nubarrones anunciando tormenta. Compartieron *edamames* al vapor, *sashimi* corte fino, brochetas de pollo, sushi de cangrejo y pez espada. Remataron con *tempura* helado. Marina le dio una cucharada en la boca a Jonás. “¿No estaré exagerando?”, pensó la primera, “quizá es demasiado pronto”. “Me ama, si no, ¿por qué tendría este gesto conmigo?”, reflexionó el segundo.

Ella estaba contenta, él estaba jubiloso. El *sake* y la cerveza que regaron la cena achisparon a nuestros protagonistas, no demasiado, sólo lo suficiente para hacerlos proclives a una reconciliación acelerada, quizá prematura, mas nadie experimenta degollamiento en cabeza ajena. Al despedirse se abrazaron, “te extrañé tanto”, susurró Jonás a Marina, se besaron como hermanos, pero cercanía de labios, licor y luna de octubre unieron cuerpos con magnetismo irresistible; una certeza momentánea los precipitó a la hoguera de pasión en que crepitaron juntos encendidos por la gasolina del deseo.

–Ya me voy –soltó un respetuoso Jonás.

–¿No me invitas a tu casa? –repuso una sonriente Marina.

–¿Segura?

–No me digas que te voy a rogar –rio ella.

–Para nada –él se encogió de hombros.

Caminaron tomados de la mano entre arrumacos y las más dulces promesas de amor imaginables. Cuatro cuadras largas separaban el restaurante del edificio de Jonás. Llegaron a la entrada en que un empleado de vigilancia les hizo una reverencia, una vez en el elevador, pulsaron el botón que los conduciría a su departamento del sexto piso y al paraíso. Tras cerrar la puerta, Jonás invitó a Marina a sentarse en el sofá mientras preparaba una copa para los dos. Bebieron, se rieron, platicaron acerca de miedos, proyectos, chismes de conocidos en común. Reanudaron besos, torbellino de

caricias desenfadadas, enlazados como estaban se arrastraron a la cama. Danza-desnudez-carnalidad. Durante el acto Jonás recordaba a la bestia, miraba los ojos encendidos de animal en las pupilas de Marina, sintió terror, sacudió la cabeza a fin de alejar visiones monstruosas, no pasaba nada, sólo estaba emocionado de encontrarse nuevamente entre los brazos de su idolatrada deidad personal. Nada ni nadie los separaría ni se interpondría a esa eternidad que la vida otorga a las almas puras. Terminaron exhaustos, empapados en sudor, cálidas pieles en comunión. Estaban felices. Dejarían de ser niños siempre que estuviesen juntos, no tendrían temores, irradiarían luz, se alimentarían el uno al otro, proyectarían sombras en el fondo de la caverna para alegrar sus días del primero al último, envejecerían, cada uno elevó una plegaria suplicando irse al mismo tiempo, no sobrevivir al otro; esa noche durmieron abrazados al abrigo de alas celestiales y un vistazo benigno del Creador.

Jonás soñó pesadillas. Soñó con Marina en el bosque. Ella no tenía rostro, sólo piel lisa, sin facciones. De alguna manera le había dado la espalda. Sintió pavor, experimentó rabia. Víctima de traición. Nada es claramente reconocible en el plano de lo onírico. Todo flota, las imágenes se suceden como los cuadros de una vieja película. Anheló que Marina fuera su mujer y vivieran juntos en su departamento, desayunos en la cama en ocasiones especiales, su cuerpo perfecto de mujer calentando su lecho. Rio, habló dormido, vociferó palabras inconexas. Se apareció la bestia en forma de macho cabrío. Tórax fuertísimo cubierto de vello negro, pezuñas afiladas. Alas inmensas revolvían los objetos dentro de la casa. Floreros, lámparas y adornos derribados. Zona de guerra. Depredador cayendo en picada sobre una Marina dormida, indefensa, apacible como las vírgenes de los retablos antiguos. Jonás saltó sobre la criatura averna,

forcejearon, destruyeron la mesa de centro, tumbaron cuadros, convirtieron los tapetes en jirones de tela inservible. En el fragor de la batalla Jonás expulsó al intruso a través de los ventanales de la terraza, cristales hechos añicos, alarido del contrincante al caer al abismo, desterrado del reino de los cielos. Jonás dejó de soñar y si soñó no recuerda salvo piezas separadas y sin sentido.

Unos golpes en la puerta despertaron a Jonás. Se levantó como pudo a atender. Era uno de los vigilantes del condominio. Jonás estaba cubierto de esquirlas de vidrio, sangre coagulada, sucio, maloliente, la expresión del cuidador denotaba preocupación; sombrío en sus ademanes, parecía portador de malas noticias. La policía estaba interrogando a los vecinos, tenían acordonada la zona. Una muchacha se cayó por el balcón y estaba cubierta de sangre, le dijeron. Jonás tuvo un horrible presentimiento. Se asomó por la terraza, se recargó sobre el barandal para ver mejor, sobre la banqueta yacía Marina desnuda, articulaciones dislocadas, porcelana salpicada de granate. Estaba sola, fría y tan apacible que habría sido una crueldad intentar despertarla.



Paúl Núñez

Entrevista a María Elena Sarmiento

Cecilia Durán Mena

1. ¿Quién es María Elena Sarmiento?

Soy mujer, escritora, doctora en creación literaria por el Centro de cultura Casa Lamm y aprendiz profesional. Tomé años de clases de Historia de México, años de Filosofía y años de Antropología cultural. Siempre estoy inventando algo que aprender: desde bordado hasta la influencia de la tauromaquia en la vida sexual del samurái (bueno, no tanto, creo que ya exageré).

2. ¿Cuál es tu principal motivación para escribir?

Escribo como una forma de aclarar mis ideas. No siempre es igual, pero la mayoría de mis textos nacen de preguntas que me hago y que necesitan respuesta. Por ejemplo: cuando decidí escribir *La más amada* fue porque me acababa de enterar que Nietzsche (a quien veo como un gran misógino) le propuso matrimonio a Lou Andreas Salomé. Ella lo rechazó, pero lo invitó a vivir en un terceto de estudio (junto con su amigo mutuo Paul Rée). Investigué un poco y mi pregunta fue: ¿qué tenía de especial esa mujer para que la amaran Nietzsche, Paul Rée, Rilke, Freud y otros hombres muy importantes de su época.

Conforme voy poniendo mis pensamientos en palabras, me queda claro lo que quería averiguar.

3. ¿Cuáles son los temas de interés sobre los que escribes?

He notado que los niños (varones) tienen muchos

ídolos con quienes identificarse, pero a las niñas no les sucede lo mismo. Creo que hay muy pocas mujeres exitosas en la historia que nos han platicado, aunque en la realidad haya habido muchas más. Estoy empeñada en dar a conocer a algunas mujeres fuertes que la historia ha ignorado y que merecerían mejor suerte.

4. **¿Has tenido que sacrificar algo para escribir?**

Le he dedicado muchas horas de mi vida a la escritura, pero para mí, lejos de ser un sacrificio, esto ha sido un privilegio. Enfrentarse a la página en blanco muchas veces es durísimo, pero el poder tener el texto terminado justifica el esfuerzo.

Cuando alguien recuerda una frase que yo escribí, para mí es como alcanzar la gloria.

5. **¿Tienes algún ritual para convocar a las musas?**

En luna nueva, cocino dos ojos de dragón tuerto con una y media ala izquierda de luciérnaga gris. Cuando toman una coloración violácea, lanzo la mezcla a los cuatro vientos y doy dos brincos en un pie. Jejeje. Bueno, no exactamente. Más bien diría que escribo en cualquier condición. En computadora, a mano o hasta en una libreta minúscula que siempre traigo en la bolsa. Cuando no tengo papel, me grabo el mensaje en el celular. Todos los momentos son buenos cuando me llega una idea.

6. **¿Cómo fue que empezaste en la escritura?**

Como a los 10 u 11, empecé a escribir mi primera

novela. Era lo más cursi que uno se pueda imaginar. Luego, tuve escondidos mis sueños de convertirme en escritora durante mucho tiempo hasta que un día di con un taller de creación literaria. Estaba a cargo de Enrique Alfaro. Con él publiqué mi primer libro.

7. ¿Has encontrado apoyo para seguir tu vocación?

Nunca he buscado apoyo institucional porque hasta ahora, me he podido mantener con otros medios por lo que no me ha parecido correcto privar a alguien a quien le haga falta de esa ayuda. Por eso ni siquiera he solicitado ninguna beca. El apoyo más importante para mí ha sido el afectivo y lo he recibido de mi familia y mis amigos.

8. ¿Cuál fue tu primer proyecto creativo, cómo fue que lo creaste, qué te inspiró?

El primer libro que escribí sola fue *Y luego, ¿por qué soy como soy?* inspirada en la pregunta del título. Creo que cada uno de nosotros nos sentimos especiales, diferentes de alguna manera de lo que la sociedad espera de nosotros. Yo busqué en mi historia personal lo que me hacía ser la que soy y me di cuenta de que, por las personas tan coloridas que me rodearon, lo raro hubiera sido que yo fuera normal por completo. Ese libro es un anecdotario muy divertido de esa gente con la que conviví.

9. ¿Con qué escritor te identificas?

Casi con el que esté leyendo en el momento (si me gusta). Me sucede que la lectura me apasiona a tal grado que cuando leo un libro, lo vivo con

intensidad y me parece que es lo mejor que he leído en los últimos años. El asunto es que cuando me sumerjo en el siguiente, ya cambié de opinión y ahora ése es mi preferido. Además, tengo un desastre de memoria. Todo lo que he leído está guardado en mi disco duro interior, pero a veces el acceso no es fidedigno, de alguna manera, se mezcla.

10. ¿Qué has tenido que sacrificar por esta carrera?

No es una profesión muy lucrativa. En las contadas ocasiones en las que me cuestiono, me da por imaginarme cómo podría haber sido yo si me hubiera dedicado a ganar dinero. Luego me entra la certeza de que así soy feliz y no me cambio por nadie.

11. ¿Tienes alguna anécdota que nos puedas contar?

Cuando decidí escribir una novela erótica, les platicué a los miembros de mi familia. Un pariente cercano me pidió que usara un pseudónimo para no manchar el apellido y le respondí que iba a utilizar su nombre para firmarla. Por supuesto que no lo hice. La acabo de publicar con mi nombre, el mismo con el que he sacado mis otras novelas, pero me encantó ver la expresión de sufrimiento que puso por un momento el susodicho.

12. Háblanos de que tu estilo en particular, ¿cómo llegaste a él?

Mi estilo tiene que ver con mi forma de ser. Soy directa, pero impredecible. A veces soy implacable y en ocasiones tengo corazón de pollo. Me considero una persona culta, aunque tengo que reconocer que

también soy una simplona y en ocasiones tengo el sentido del humor de un niño.

13. ¿Te ha interesado en buscar otro estilo para escribir?

Sí. Sobre todo mientras estudiaba, hice varios experimentos de intentar escribir cuestiones más serias. No es lo mío.

14. Hablando del futuro, ¿tienes algo en mente?

Sí. Ya tengo terminado un libro de poesía que pienso publicar en dos o tres meses y otra novela que sigue en busca de editor. Se trata de la historia de Aphra Behn, la primera persona que escribió una novela en inglés. Además, ya tengo el primer capítulo de la historia de Sofía Kovalevskaia, la primera mujer que tuvo una cátedra en una universidad europea.

15. ¿Cuál sería tu libro ideal para escribir?

El que estoy escribiendo en el momento. Siempre me pasa. Me involucro a tal grado con mis personajes, que creo que contar su historia es lo mejor que me pudo haber sucedido.

16. ¿Cuántos libros has publicado? ¿De qué van?

1.- *Ocho miradas* es una compilación de relatos breves de 8 autoras.

2.- *Y luego, ¿por qué soy como soy?* es una especie de autobiografía que terminó siendo un anecdotario muy simpático de la gente colorida de la que estuve rodeada.

3.- *Cuentos del cuerpo* es una colección de cuentos, cada uno habla de una parte diferente del cuerpo humano.

4.- *Jantipa, ¿el gran amor de Sócrates?* Es la historia de la esposa del padre de la filosofía, una mujer iracunda a la que yo encuentro adorable. Entiendo la razón de que con mucha frecuencia estuviera enojada porque Sócrates era excelente filósofo, pero pésimo marido.

5.- *La más amada* trata de la vida de Lou Andreas Salomé, escritora, filósofa, psicóloga. Fue de las primeras mujeres en ser aceptada en el Círculo psicoanalítico de Viena encabezado por Freud, a quien Rilke le escribió muchísimas cartas y la que hizo famoso a Nietzsche (quien antes de ella sólo era conocido por los más intelectuales).

6.- *La Wanda de Masoch* es una novela erótica e histórica sobre la esposa del famoso escritor Leopold von Sacher Masoch, autor de *La Venus de las pieles* y por quien se inventó el término “masoquista”.

La lista siguiente son libros que pronto estarán publicados (espero):

7.- *Poesía en seco* es un poemario en donde me confieso quién soy y por qué.

8.- *Por placer* es una novela histórica sobre Aphra Behn, (espía, la primera persona que escribió una novela en inglés, la primera mujer que se ganó la vida como escritora, dramaturga de la corte y amante del rey). Sus restos yacen en la Abadía de Westminster

y Virginia Woolf dijo: todas las mujeres deberían arrojar flores sobre la tumba de Aphra Behn porque fue ella quien les conquistó el derecho de decir lo que piensan.

9.- *La hermana incómoda* es una pequeña obra de teatro.

17. ¿De que se trata tu último libro?

La Wanda de Masoch es la historia de una mujer que se cambió el nombre para complacer a su marido. Él, Leopold von Sacher Masoch, había escrito una novela en donde el protagonista firma un contrato de esclavitud con Wanda, quien se convierte en su ama. Él insiste en firmar un contrato similar en la vida real con su esposa. ¿Eso la convertirá en ama o esclava?

18. ¿Cuánto tiempo tardaste en escribirlo?

Estaba muy motivada porque creí que la publicación era segura. Tal vez por eso, este libro es el que he escrito más rápido en mi vida. Sólo me tardé alrededor de 6 meses. El personaje, además, me atrapó.

19. ¿Cómo fue el proceso de escribir este libro?

Fue un reto para mí porque nunca había escrito una novela erótica. Tenía miedo de no poder, pero el personaje me lo puso fácil. Escribió sus memorias lo que me permitió apegarme a su historia y a los sentimientos que ella describe. Sólo imaginé las partes oscuras para que no fuera una mujer tan

perfecta como supongo que pudo haber sido. Eso, a mi juicio, la hizo más humana, aunque en la mayoría de los casos, respeté lo que ella dice que sentía ante cada imposición masoquista de su marido. El resultado fue mi novela que espero que les guste.

20. ¿Cuál es la emoción regente que podemos encontrar en tus libros?

Trato de que estén balanceados y por eso describo momentos hermosos, emocionantes, tristes y alegres. Intento, además, moverme tanto en el mundo de las ideas como en el de los sentimientos.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Diseño de nueva imagen para RRSS

Santiago Saenger

Fotografía de portada

Sin título, Alessandra de Zaldo

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurtle

Cuarto de Guerra

Alejandro Guarín, Galllea Silva
Emmanuel Mata, Daniela Ferrari

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintiséis. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2020.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*Yo no sé de pájaros,
no conozco la historia del fuego.
Pero creo que mi soledad debería tener alas.*

Alejandra Pizarnik



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir